

rara avis



Judith Fürste

Adda Ravnkilde



ALBA

ADDA RAVNKILDE

JUDITH FÜRSTE

Traducción
Blanca Ortiz Ostalé

ALBA

NOTA AL TEXTO



Judith Fürste se publicó por primera vez en 1884 en Copenhague, en la editorial Gyldendalske Boghandels Forlag.

La autora, Adda Ravnkilde, al término del verano de 1883, había enviado algunas de sus obras al crítico y catedrático de Literatura Georg Brandes, adalid del movimiento cultural escandinavo conocido como Eclosión Moderna, del que formaron parte escritores como Henrik Ibsen, Herman Bang o Jens Peter Jacobsen. Cansada de esperar una respuesta, se presentó en su despacho. Brandes le dio algunos consejos, fruto de los cuales fue un nuevo manuscrito que le remitió. Sin embargo, la falta de tiempo llevó al célebre escritor a demorar algo más de la cuenta su respuesta y Adda, después de asistir a una de sus clases, se quitó la vida sin esperar más el 30 de noviembre de 1883.

El trágico final de la joven, que tenía veintiún años, impulsó a Brandes no solo a editar *Judith Fürste*, sino también a escribir el prólogo que acompañó a la novela cuando se publicó, apenas unos meses después de la muerte de su autora.

PRÓLOGO



Un día de comienzos de octubre de 1883, me encontré sobre mi escritorio con uno de esos legajos de manuscritos que a los críticos nos envían o nos traen a casa un día sí y otro también, acompañado de una pequeña tarjeta de visita de color azulado y aire provinciano en la que se leía el nombre de Adda Ravnkilde escrito con dos iniciales muy historiadas.

Hacia finales de mes se presentó la persona que lo había entregado, una joven seria y sencilla de veintiún años con una mirada limpia e inteligente. Había algo en sus ojos entre espiritual y audaz. Su figura, de lo más señorial enfundada en aquel traje oscuro, pero con una actitud algo falta de aplomo y de independencia, hablaba de una lucha y un pesar muy precoces, una situación difícil o algo similar.

La novela que me había traído (y que no es la que nos ocupa) dejaba entrever aptitudes que en alguien tan joven no podían sino sorprender. Trataba sobre la solitaria vida interior de una muchacha en una ciudad de provincias a la que llega como maestra y donde un hombre, centro de todas las miradas, la hace objeto de una consideración y unas atenciones que resultan cuando menos llamativas. Se trata de un conde danés que ronda los cuarenta años, vive separado de su mujer y goza de una pésima reputación a causa de su mala vida, pero que destaca entre cuantos le rodean por su saber y su experiencia. Ella tiene una enorme sed de conocimiento y es un talento poético en ciernes. El conde logra despertar el interés de la muchacha a pesar de que ésta se resiste, pues percibe su indignidad como persona. A fuerza de voluntad y de talento, la joven consigue desenmascarar las verdaderas intenciones del aristócrata, que no son otras que distraerse y entretenerse en su compañía sin importarle lo más mínimo si su pertinaz cortesía la compromete y la convierte

en el centro de todas las habladurías. Tan pronto como es capaz de pensar con la cabeza fría, ella comprende que la superioridad del conde no es más que una fachada y sus méritos, apariencia; la estima en que se tiene a sí misma es mucho mayor que la que siente por él. Por eso, cuando ya no puede verlo con frialdad ni negar que lo ama, que lo ha amado desde que lo vio por vez primera y que cuando no lo ve no puede pensar sino en él, su orgullo sufre.

Tenía en ese punto el relato del amor infructuoso, vencido, angustiado y pletórico de la joven por el conde Høg algo original y auténtico. Se percibía la vida con su ansia y con su impaciencia en la espera del objetivo único de una obsesión, se apreciaba la resistencia que se dobla hasta quebrarse, el orgullo que lucha hasta someterse y, por último, la tormenta de emociones que sacude el alma femenina, la marcha triunfal de la pasión a través del ánimo, el cántico victorioso del amor en cada pulsación del cuerpo.

El resto no valía gran cosa. El final estaba pegado con cola, como suelen estarlo tantos finales. La autora no había conseguido distanciar lo bastante la figura de su heroína de la suya propia; además, oíamos hablar de su talento sin llegar a verlo, y el hecho de que a la historia se le hubiera dado la forma del proceso de aprendizaje de una escritora resultaba poco convincente por redundante.

La señorita coincidió conmigo en posponer su presentación en público por algún tiempo, hasta que ésta pudiera producir mayor efecto. Cuando elogí el modo en que había plasmado el amor de la muchacha, me contestó: «No deseo volver a escribir así». Y los ojos se le llenaron de lágrimas.

En el curso de nuestra conversación, pude hacerme una idea más clara de su personalidad: un espíritu con aspiraciones que había visto frustrada una gran esperanza y que llevaba impresa la huella de años de opresión, atormentado por la mezquindad de las relaciones mezquinas y por la necedad de los seres necios.

Un alma valerosa y exaltada que conocía la tentación de perder el coraje para siempre, pero que aún conservaba frescas sus energías; sedienta de vida y, sin embargo, muy familiarizada con la idea de la muerte, deseosa del trato con hombres y mujeres librepensadores, necesitada de intercambiar impresiones, de dotar a su vida de un contenido espiritual más pleno; moderna, tremendamente moderna en su esencia a pesar de los resabios convencionales de su presentación; ambiciosa, sí, pero con una ambición que a diario debía enfrentarse a una melancolía que preguntaba en un susurro: ¿vale la pena conquistar la gloria? ¿Vale la pena vivir la vida?

Como la heroína de su libro, que, tras desenmascarar al amado, lo odia y lo ama al mismo tiempo, así amaba ella la vida al tiempo que la odiaba, a veces incapaz de soportarla, a veces esperando de ella lo más sublime, a veces con ganas de contentarse con una suerte más modesta, como me insinuó al dejarme con estas palabras: «Dichoso usted, que ha logrado las dos cosas que siempre he deseado, vivir en un lugar con una vista hermosa y rodearse de seres inteligentes».

Esa conversación fue la única que tuvimos. Al poco tiempo me presentó otro relato, el aquí presente; sin embargo, mi tiempo era tan escaso que transcurrió más de un mes sin que pudiera leerlo y, cuando tuve conocimiento del escrito, ella ya estaba muerta. Durante un encuentro fugaz en la universidad, le rogué que no perdiera la paciencia con lo de su manuscrito, que no me creyera indiferente a su futuro y que no perdiese el valor. Evidentemente, ya lo había perdido.

No tenía fortuna y se había trasladado a Copenhague desde Jutlandia para formarse como maestra, pero, sintiéndose muy desdichada por la carga económica que dicha formación suponría para ella, decidió seguir mi consejo y prepararse para obtener el título de bachiller. A tal propósito, había empezado a trabajar con un profesor bajo cuya supervisión en muy pocas semanas hizo singulares progresos.

Entonces los periódicos publicaron la noticia de su muerte. Estoy seguro de que conmocionó a cuantos la conocieron. Aun no contemplando la muerte como un mal en sí mismo, resultaba difícil no sentir que algo sangraba y ardía dentro de uno al pensar en esa pobre niña genial que había dejado atrás sus fértiles fantasías y sus audaces planes de futuro para adentrarse en la gran oscuridad. No costaba imaginar que, de haber vivido, habría llegado a ser una de esas figuras que siempre son escasas en un país, una de esas personas que generan valores e inclinan la balanza del lado de lo bueno y lo provechoso.

La vi dos horas antes de su muerte, el 29 de noviembre. Ese día, cuando subí a mi cátedra de la universidad, reparé en ella. Ocupaba uno de los primeros bancos de la sala, justo frente a mí; parecía exaltada, llena de vida, sus ojos tenían un brillo extraordinario, sonreía y rió en varias ocasiones durante mi intervención. Lo que menos imaginaba en esos momentos era que fuese digna de compasión.

He leído los manuscritos que dejó a su muerte. Uno de ellos, el más antiguo, tenía los márgenes repletos de monogramas entrelazados de forma estilizada que, a su modo, narraban en su código secreto un episodio fundamental de la historia de su autora.

La narración que nos ocupa, que de sus obras me ha parecido la que se sustenta en observaciones más acertadas y ofrece la trama mejor trazada, fue escrita por su autora a la edad de diecinueve años, lo que a mis ojos la hace muy singular. Resulta más que evidente que el protagonista masculino sigue el mismo patrón que en la primera novela antes mencionada, mientras que el femenino ha sido trazado con una contención artística que parece más propia de una edad más tardía. La novela presenta la historia de una vida consagrada por entero a una relación, describe un sentimiento que solo toma conciencia de su propia esencia cuando ya es tarde.

El lector que sepa ignorar algunas locuciones anticuadas, que

en un libro moderno surten un efecto extraño (por ejemplo, esos «hijos de Mercurio»), y que no se detenga a censurar que la autora, con el pudor propio de una jovencita, haya abordado el aspecto fisiológico de un modo muy abstracto disfrutará de un retrato de la vida de nuestros días en el norte de Jutlandia pintado con conocimiento y veracidad, sabrá valorar la autenticidad y la hondura de su sencilla composición, y hallará en esta confesión velada información preciosa de la vida interior de las mujeres danesas de provincias.

El hecho de que el libro se publique ahora que su autora ninguna alegría ha de encontrar en verlo impreso debe entenderse como un acto de piedad por la finada. Es como depositar una corona en su tumba. Me ha parecido una lástima que una criatura tan joven y con tantos deseos de abrirle camino a su nombre fuera a desaparecer sin dejar una triste huella de su paso por la vida.

Cuando, durante nuestra única conversación, me dijo cómo se llamaba y dónde vivía, le pregunté si ése era su auténtico nombre de pila, pues me parecía más un apodo, una versión abreviada de algo más largo.

Ella me contestó: «Es el nombre que deseo hacer célebre un día».

Dejémoslo, pues, ser tan célebre como su prematura muerte le permita.

GEORG BRANDES

JUDITH FÜRSTE



–Hay que saber plegarse a las circunstancias, deberías aprenderlo, Judith; si no por otra cosa, por tu propio bien. De continuar así, serás desgraciada tú y nos harás desgraciados a todos los demás.

–Es que no puedo –replicó ella débilmente–. Mi destino no es doblegarme al dominio de un extraño. Llevo en las venas la sangre de mi padre; no puedo.

El abogado Hinding clavó en su hijastra una mirada punzante, aunque su voz era suave y calmada, y su discurso lento y persuasivo, como cuando defendía un caso en los tribunales.

–¡Siempre la misma obcecación! Y ¿de qué te ha servido tanto orgullo? No has sabido conservar el puesto en una sola de las casas que te hemos conseguido y en ésta, en nuestro hogar, te dedicas a amargarle la vida a todo el mundo.

–Si he perdido esos puestos no ha sido por culpa mía. ¿Cómo voy a renunciar a mi orgullo, si es la única herencia de mi padre que no me han arrebatado? A una mujer sola nunca le sobra. ¡Nuestro hogar! ¿Cómo considerar esta casa un hogar?

Al oír la palabra «herencia», una sombra oscureció la mirada del abogado, que, sin embargo, prosiguió en el mismo tono suave.

–No encuentro descabellado llamar hogar al lugar donde vive tu madre y donde tienes tu único amparo.

–Sí, supongo que madre me tiene aprecio, a su manera, y que querría hacerme feliz, pero es una mujer débil y no puede ayudarme. Cuando se casó con usted la perdí para siempre.

–Pues admite, entonces, que tu futuro depende de mí y

sé mi amiga en lugar de mi enemiga; yo lo único que pido de tu parte es cierta condescendencia, algo menos de obstinación y de aspereza.

–Sí, es posible que mi futuro dependa de usted, pero yo no sé fingir, y no sabría hacerlo aunque eso supusiera vivir en las mejores condiciones. Si le quisiera o le respetase, no tendría usted motivo alguno de queja, pero de sobra sabe que repruebo su modo de obrar y su actitud, no puedo doblegarme ante usted. Por lo tanto, se lo ruego: entrégueme mi herencia, permita que aprenda algún oficio para mantenerme por mis propios medios. Ya no le estoy exigiendo lo que por derecho me corresponde, me limito a suplicárselo.

–Pero ya te lo he dicho, necesito ese dinero. No puedo dártelo; mis asuntos no marchan bien y, aunque solo sea por tu madre, no creo que pretendas arruinarme.

–No, tiene usted razón; por mi madre no puedo reclamar lo que legítimamente me corresponde. De acuerdo. Tendré que resignarme, al menos de momento, pero no me impondrá usted nada contra mi voluntad. Llegará el día en que la ley me haga justicia, aunque ley no hay demasiada en este mundo fuera de la del más fuerte.

Él entendió la alusión y comprendió lo inquebrantable que era la resistencia de su aborrecida hijastra.

–Ya veremos, ya veremos –murmuró con los dientes apretados–, a lo mejor llega el día en que no te deba nada.

Poco entendió ella entonces sus palabras, pero menos aún la amenaza que encerraban.



La madre de Judith Fürste había sido una de las bellezas más admiradas en los bailes de la capital, una joven vanidosa y mundana que vivía para los elogios, siempre a la caza de placeres y diversiones. Todo eso cambió, no obstante, cuando, siendo aún muy jovencita, contrajo matrimonio con un oficial tan célebre por su destreza como por su carácter orgulloso y su buena planta varonil, el cual con el paso el tiempo fue adquiriendo un gran ascendiente sobre su liviana esposa. Sin embargo, para desgracia de ésta y de la hijita de ambos, su vida en común fue breve, pues cuando estalló la guerra entre Dinamarca y Alemania¹ el teniente Fürste fue uno de los primeros en caer, dejando entre sus compañeros de armas un imborrable recuerdo que de poco sirvió a su joven y desconsolada viuda, a quien aquella muerte causó tan honda impresión que durante mucho tiempo se temió por su cordura. Pasado el primer dolor, quedó atrás la peor parte y la joven madre decidió consagrar su vida y todo su amor a su hija.

Apartada de las diversiones y los placeres de este mundo, la señora Fürste dedicó a Judith todo su tiempo y supo encender en ella un gran amor al padre perdido. La pequeña no se cansaba jamás de oír hablar de él. Era su héroe, su ídolo, su ideal. Podía pasar horas y horas escuchando atentamente los relatos de la madre, y cuando salían juntas y tropezaban con oficiales que las saludaban con el mayor respeto o se detenían a conversar con ellas y le acariciaban la cabeza, la niña siempre pensaba en su padre con el corazón henchido de orgullo, convencida de que nadie en todo el mundo era comparable a él.

Transcurrieron así algunos años hasta que se produjo un cambio en el carácter de la viuda, a la sazón una mujer de

treinta años que seguía siendo hermosa. A menudo se la veía distraída y a veces rompía a llorar repentinamente; pero, en un momento, empezaba a canturrear y, mirándose al espejo, volvía a acicalarse con más esmero que antes. Le preguntaba a Judith si la encontraba vieja y fea, si tenía cabellos grises entre sus rizos castaños o arrugas en la frente, y cuando su hija, perpleja, le contestaba que no o, con infantil orgullo, la proclamaba la mujer más bella del mundo, ella la rodeaba con sus brazos y le preguntaba si echaba en falta la figura de un padre. Judith se limitaba a mirarla fijamente mientras su madre, entre risas y rubores, le aseguraba que no era más que una broma y borraba a fuerza de besos los últimos recelos del ánimo de la pequeña.

Pero el caso es que aquella mujer débil y vanidosa estaba considerando la posibilidad de volver a casarse. El pasante del abogado que se ocupaba de sus asuntos económicos era un joven bastante apuesto que, después de ver a la viuda en repetidas ocasiones, había concebido por ella, como él decía, una vehemente pasión. Ella no era ajena a tal veneración, que halagaba su corazón vanidoso. Cuando el joven al fin pidió su mano, la viuda vaciló mucho tiempo. Fue en aquel período de frecuentes llantinas y consultas de tapadillo a su hija. Pero él volvió al ataque con ímpetu renovado: no vivirían en la capital, donde los encuentros casuales con viejos conocidos podrían resultar penosos para ella; abriría un despacho en una ciudad pequeña, la tendría en palmitas, le prometió riqueza, diversiones, prestigio, y terminó por amenazarla con quitarse la vida si no le daba el sí. Finalmente ella accedió, en parte por debilidad, en parte por vanidad, pues apenas sentía algún afecto real por aquel hombre unos años más joven que ella. Intuía, sí, que su decisión podría acarrearle consecuencias funestas, pero carecía de la energía necesaria para analizar la cuestión y anticipar sus efectos.

Los preparativos se llevaron a cabo con la mayor discreción. La señora Fürste no se atrevió siquiera a confiarse a su hija hasta el último momento, es decir, hasta que fue tarde. De no haber obrado así, tal vez habría estado a tiempo de renunciar al enlace, pues al saber la verdad Judith fue presa de tan gran conmoción que, de haber sido posible, la desdichada mujer habría mudado de parecer.

¡Cómo podía su madre, que había estado casada con el hombre más noble de la tierra, un hombre que se había sacrificado por su patria y había amado a su esposa por encima de todas las cosas, unirse ahora a un mezquino abogado, un ser insignificante! Judith estaba fuera de sí de pena e indignación. Con palabras poco propias de una niña de su edad, le reprochó a su madre tan inmensa degradación, lloró, le suplicó que no traicionase la memoria de su padre ni a ella, pero, como queda dicho, ya era demasiado tarde. La niña, ya casi adulta, se entregó a una sorda desesperación. El matrimonio de su madre la hizo madurar varios años en apenas unos meses, convirtiendo a la chiquilla alegre y rebotante de vida que había sido en una criatura taciturna y melancólica.

Se sentía abandonada y traicionada; las caricias de su madre no la consolaban, la relación entre ellas se había roto, y no tenía nadie más a quien acudir en busca de consuelo; atrás quedarían la ciudad y sus antiguos amigos, que, además, ya se habían apartado de ellas por su propia voluntad. Su madre dejó de ser alguien a quien admirar y en quien creer; aún la quería, sí, pero con un cariño mezclado de compasión.

Justo después de la boda, la familia se trasladó a una pequeña ciudad de Jutlandia donde estableció su nuevo hogar, un hogar sin paz alguna, puesto que el instinto de Judith la alejaba de un padrastro que, en su opinión, le había robado la madre y usurpado el lugar de su amadísimo pa-

dre. De poco le servían sus palabras amables, Judith se ostinaba en apartarse de él y evitaba llamarlo «padre» o tutearlo. Cuando Hinding comprendió que siendo blando no llegaría muy lejos, intentó imponer su autoridad y trató de domar el espíritu orgulloso de la joven. Judith sufrió lo indecible, pero ni cedió ni se quejó ante su madre. Quería encajar aquello ella sola y poco a poco descubrió que la resistencia pasiva era su mejor defensa. Sin embargo, el enfrentamiento endureció su espíritu y le enseñó, vagamente, como puede hacerlo un niño, a odiar.

La mala relación con su hijastra pesaba también en el ánimo de Hinding, quien a veces lamentaba aquel enlace y se tornó irascible y malhumorado. La situación empeoró más aún cuando un hermano suyo a quien había avalado se declaró en bancarota, añadiendo a los contratiempos del abogado las estrecheces económicas. Tampoco favoreció el curso de los acontecimientos que la señora Hinding obsequiase a su marido con un hijo. El nacimiento del niño lo llenó de dicha, sí, pero también colmó de pena el corazón de Judith, que, desesperada ante su nueva posición en la casa y creyendo que el pequeño la privaría de los últimos retazos de atención y cariño de su madre, rogó que la enviaran a Copenhague a aprender algún oficio que más adelante le permitiera ganarse el pan. Sin embargo, sus pretensiones resultaban de lo más inconvenientes para Hinding, cuya situación económica no le permitía hacer semejantes sacrificios y que tampoco deseaba, por motivos interesados, recurrir a la modesta herencia de la joven –unos miles de coronas que quedaron en curatela cuando él contrajo matrimonio con su madre–, pues contaba con poder hacerse con ella cuando Judith alcanzase la mayoría de edad y le había hecho creer que no se podían tocar sus bienes hasta el día en que cumpliera los dieciocho años.

Ella se negó a creerlo y le preguntó a su madre si de ve-